

# **EL PAISAJE CONSTRUIDO: UNA PERSPECTIVA ECOLÓGICA**

***Carlos Verdaguer Viana-Cárdenas***



**Carlos Verdaguer Viana-Cárdenas** es Arquitecto titulado en la especialidad de Urbanismo en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM).

Colaborador del SPYOT (Seminario de Planeamiento y Ordenación del Territorio) del Instituto Juan de Herrera desde 1984.

Redactor de las revistas *Arquitectura Viva* y *AV Monografías*, dirigidas por Luis Fernández Galiano, durante el periodo 1993-1999. Habitual colaborador como ensayista en diversos medios de comunicación generales y especializados.

Actualmente es socio de la empresa de consultoría ambiental gea 21 (Grupo de Estudios y Alternativas), donde colabora en proyectos integrales de sostenibilidad urbana, y profesor de *Introducción a la Urbanística* en la ETSAM.

Miembro del Comité de Seguimiento de la Biblioteca de Internet *Ciudades para un Futuro más sostenible* (<http://www.habitat.aq.upm.es>) y del consejo asesor de la colección *Economía versus Naturaleza*, dirigida por José Manuel Naredo. En estos momentos prepara su tesis doctoral sobre urbanismo sostenible y participación social.

La palabra paisaje que he utilizado en el título suele identificarse a nivel coloquial con la naturaleza, con lo inalterado por el hombre. En ese sentido, el adjetivo 'construido' que le sigue parece dar lugar a una especie de dicotomía, en la que el segundo término negaría o corregiría el primero. De hecho, mi tesis, por así llamarla, es precisamente la contraria: todo paisaje es una construcción, y lo es desde varios puntos de vista.

En primer lugar, desde el punto de vista de la percepción, pues no se puede concebir un paisaje fuera de la mirada humana y, lo que es más, fuera de la mirada humana consciente de sí misma, de su diferencia con respecto al resto de lo real.

En segundo lugar, la propia idea de paisaje es una construcción relativamente moderna que aparece a partir del momento en que comienzan a vislumbrarse los efectos del incipiente industrialismo sobre la Naturaleza. Y digo bien vislumbrarse porque de lo que estamos hablando aquí es de imágenes. Es sólo cuando la imagen de la naturaleza comienza a verse amenazada cuando se le otorga un valor en sí mismo más allá del metafórico o abstracto que hasta entonces había poseído.

El tercer punto de vista, y el más importante de cara a la reflexión de hoy, se basa en la constatación de que, actualmente, la superficie entera del planeta puede considerarse producto de la acción humana. Hasta aquellas partes que, en apariencia, aún permanecen relativamente inalteradas deben su estado actual a las estrategias humanas con respec-

to al territorio. Hay que tener presente que la opción de preservar, conservar o no intervenir responde también a una estrategia humana. En ese sentido, si llamamos paisaje a la parte visible de esas estrategias humanas, es decir, a la imagen del territorio, podemos afirmar que, si bien no todo el paisaje se ve lleno de construcciones, de hecho se trata irreversiblemente de un paisaje construido.

Este paisaje construido es, además, un paisaje fundamentalmente urbano. Dos tercios de la población mundial viven actualmente en ciudades de más de 100.000 habitantes, existen en el planeta 23 ciudades cuya población excede los cinco millones de habitantes y las urbes de un millón de habitantes ascienden a 284. El proceso paulatino de urbanización extensa ha propiciado que se borren definitivamente los límites entre lo realizado por el hombre y el territorio aparentemente libre de su huella, generando un paisaje caracterizado por su dependencia de lo urbano. Lo urbano, en ese sentido, debe ser considerado como una segunda naturaleza, como un gran ecosistema dentro del cual los flujos de energía y materia planetarios de origen solar se ven sometidos a transformaciones y modificaciones al servicio de la compleja red de elementos que lo forman.

Esta red, por otra parte, es el resultado de aproximadamente un millón de años de historia, durante los cuales las sucesivas sociedades humanas han ido dejando las huellas construidas de sus sueños y sus pesadillas, sus acuerdos y sus conflictos, en la forma de un complejo collage tridimensional de capas yuxtapuestas y superpuestas.

A partir del momento en que el hombre descubrió hace apenas tres siglos el modo de explotar intensivamente la energía almacenada durante los 600 millones de años anteriores en la forma de combustibles fósiles, este proceso de transformación humana de la corteza y la atmósfera terrestres experimentó una súbita aceleración, produciendo efectos mucho más profundos y devastadores que en toda la historia precedente de la humanidad.

Ha sido precisamente en estos tres últimos siglos cuando se ha producido definitivamente la explosión de lo urbano, de mano principalmente de la velocidad. En efecto, las enormes concentraciones humanas que son las actuales metrópolis sólo han sido posibles cuando las altas inten-



sidades energéticas almacenadas en la tierra han podido traducirse en velocidades muy por encima de los umbrales permitidos por la fuerza biológica de las bestias de carga. Hasta entonces, las ciudades sólo podían crecer hasta donde lo permitiera la riqueza agrícola de sus entornos locales, las velocidades con las que se podían acarrear mercancías desde territorios más lejanos o la capacidad de almacenar mercancías perecederas. Actualmente, una megaciudad como Londres precisa para su existencia cotidiana de una superficie 120 veces la ocupada por la propia metrópolis. Esta idea, que corresponde a lo que William Rees y Mathis Wackernagel denominan «huella ecológica» de una ciudad, expresa inequívocamente la magnitud de los problemas urbanos a los que nos enfrentamos. Convertidas en gigantescos sumideros de recursos y en inagotables fuentes de residuos, las grandes metrópolis siguen creciendo a costa de extensiones cada vez más grandes de territorios que, de acuerdo con la lógica del modelo, pierden su autonomía para convertirse en meras piezas subsidiarias al servicio de los centros de poder. Para que toda la población mundial pudiera mantener el nivel de consumo de un americano medio, se necesitaría una superficie equivalente a dos veces el planeta tierra.

Tal como analiza Saskia Sassen en el ya clásico «La ciudad global: Londres, Tokyo, Nueva York», el sueño de la globalización, en lugar de generar un proceso de descentralización y redistribución equitativa de los recursos sobre el territorio, no ha hecho sino producir un modelo cada vez más dualizado y jerarquizado en el que las decisiones reales con respecto a los procesos que ocurren en el entorno inmediato escapan cada vez más a la capacidad de control de los ciudadanos. Los procesos de localización y deslocalización acelerada de industrias, producidos por los vaivenes del capital financiero fuera de control que han caracterizado las últimas décadas, o el proceso de progresiva monofuncionalización de los países, como es, sin ir más lejos, el caso de España con el turismo, no son sino los más visible de estos fenómenos.

Lo cierto es que el hombre siempre albergó el sueño de la velocidad y de la energía concentrada e inagotable que ha dado como resultado este paisaje urbano globalizado. De hecho, la sustancia que los alquimistas buscaban realmente transformar era el tiempo, pues su principal afán era acelerar una transformación del plomo en oro que, según ellos creían, se daba de forma lenta y espontánea en la naturaleza. En ese

sentido, la alquimia no sería sino la metáfora más depurada del sueño del progreso.

No hay tiempo ahora para entrar en el debate de si la forma específica que ha adoptado este sueño del progreso era o no la que inevitablemente tenía que tomar, como lo afirma una cierta visión interesadamente determinista de la historia, o si, por el contrario, habrían sido posibles otros modelos de globalización, modernidad y progreso. En cualquier caso, para entender este gigantesco ecosistema urbano en que se ha convertido el planeta y los conflictos que lo aquejan es necesario hacer mención a los conceptos fundamentales que han acabado guiando la versión dominante de este sueño, a saber: que los recursos disponibles son ilimitados; que la capacidad de la tierra de restituir el equilibrio de sus ciclos naturales es infinita y que la ciencia y la técnica siempre llegarán a tiempo para ofrecer soluciones a los problemas más graves. Y englobándolos a todos ellos, la idea de que el crecimiento puede mantenerse indefinidamente; de que en sí es algo positivo; de que, si algo es bueno, más de lo mismo es mejor.

Achacar estas ideas al paradigma mecanicista del pensamiento occidental heredero de la Ilustración constituye una fácil simplificación que pasa por alto el hecho de que dentro de esta misma tradición ilustrada han surgido visiones del progreso y de la relación del hombre con su entorno infinitamente más ricas y dialécticas, por mucho que no fueran mayoritarias. Pero, como ya digo, esto sería objeto de otro debate.

Lo cierto es que el presente panorama de crisis ambiental global no ofrece absolutamente ningún dato que permita seguir alimentando la fe en los principios mencionados, por otra parte hace tiempo desmentidos por la propia ciencia (incluso en ocasiones a su pesar, se podría añadir). De hecho, las pruebas son palpables de que, en gran medida, los aspectos más negativos de este panorama son precisamente el resultado de estos principios obsoletos y erróneos. Sin embargo, los esfuerzos por sustituirlos por nuevos paradigmas más adecuados al nivel actual de conocimientos que sobre sí mismo y su entorno tiene el ser humano se enfrentan contra la fuerza de un modelo dominante de organización de lo económico y de lo social cuya supuesta estabilidad depende del mantenimiento de esos principios. La disciplina económica, como un nuevo cuerpo de dogmas religiosos, juega un papel fundamental en

esta batalla, aferrándose a conceptos carentes de contenido: el de producción, por ejemplo, un término contradictorio reducto de la creencia ancestral en el crecimiento de los minerales en el seno de la tierra; el de *homo economicus*, una ficción interesada persistentemente negada por la antropología y por la historia y creada casi por la propia economía a modo de una profecía autocumplida; o, descendiendo a la esfera de las contabilidades nacionales, el de PIB, según el cual la muerte, la destrucción y el despilfarro se computan en el capítulo de los activos.

Cualquier puesta en cuestión de estos dogmas ya sea desde dentro o desde fuera de la disciplina, o cualquier tímido intento de replantearse las formas de contabilidad, sigue encontrándose con la más abierta hostilidad. La apuesta por una economía abierta, como la que Federico Aguilera tuvo la ocasión de exponer ante ustedes dentro de este mismo ciclo de conferencias, sigue siendo minoritaria. Como veremos, también las visiones dominantes en las disciplinas y profesiones más directamente relacionadas con la configuración del territorio como son la arquitectura, el urbanismo o las diversas ingenierías que se ocupan de las grandes infraestructuras siguen mostrándose reacias a incorporar nuevas perspectivas más allá de los arreglos puramente cosméticos.

Las nuevas perspectivas a las que me refiero son, naturalmente, las que, desde su aparición como ciencia a mediados del siglo XIX, ofrece la ecología, cuya labor de hibridación de los conocimientos aportados desde la termodinámica, la biología, la geografía y otras de las llamadas ciencias de la naturaleza, ha contribuido a alimentar una aún incipiente revolución epistemológica cuyas posibilidades de generalización y éxito, como veremos, no están en absoluto garantizadas, por mucho que el diagnóstico con respecto a la magnitud de la crisis ambiental no pueda ser puesto en duda por nadie en su sano juicio y por mucho que el adjetivo verde, ecológico o sostenible se aplique cansinamente a todos los discursos.

Aunque probablemente hayan tenido ocasión de verlos formulados más detalladamente a lo largo de este ciclo de conferencias, repasemos rápidamente algunos de los principios que caracterizan este cambio de perspectiva para ver a continuación cómo pueden traducirse al ámbito del territorio.

En primer lugar, habría que decir que la naturaleza como ente separado o escenario sobre el que la especie humana lleva a cabo sus estrategias y actividades es un concepto meramente cultural carente de contenido en sí mismo. La especie humana y sus producciones y artefactos, y por tanto el sistema global urbano que constituye su hábitat, son parte indisoluble de la naturaleza y a este respecto, hablar de defensa de la naturaleza es absurdo. La naturaleza no necesita defensa; es el hombre el que está obligado a mantener su nicho ecológico dentro de los umbrales de equilibrio que garanticen su supervivencia.

Por otra parte, el nicho ecológico del hombre se desarrolla dentro de un sistema cerrado y de superficie finita y mensurable cuya única aportación externa es la energía proveniente del sol, virtualmente inagotable dentro de la escala humana. De ella derivan todas las demás formas de energía altamente concentradas en cuyo consumo intensivo se basa el actual modelo. Este consumo acelerado es por completo incompatible con las dimensiones temporales muy superiores a las humanas que estas formas de energía llevan asociadas, ya sea en su formación, como es el caso de los combustibles fósiles, o en la vida de los residuos producidos, como ocurre con las energías nucleares de fisión o de fusión.

En cuanto a la idea de crecimiento, la ecología nos enseña que nada crece indefinidamente, sino que, al alcanzar determinados umbrales máximos, en todo proceso se produce el colapso y la degradación y las componentes degradadas o fragmentadas pasan a formar parte de nuevos ciclos de desarrollo. De acuerdo con estos ciclos, los residuos de unos procesos se convierten en materias primas de otros, dentro de un equilibrio dinámico que permite la autorregulación y la retroalimentación de todo el sistema. Contemplados desde esta perspectiva, todos los procesos y fenómenos, hasta los más aparentemente independientes, mantienen vínculos entre sí, de modo que la intervención en uno de ellos desencadena efectos en todos los demás. Gracias a las aportaciones fundamentales de la teoría de sistemas y de la cibernética al pensamiento ecológico, podemos entender que tan importantes como los elementos de un sistema son las mallas de relaciones que los ligan.

La biología nos informa a su vez de que todos los fenómenos se desarrollan entre umbrales mínimos y máximos en relación con las posibilidades de supervivencia del ser humano. En este sentido, aunque algo





sea bueno, más de lo mismo puede ser peor, y viceversa, tal como nos enseña la ciencia homeopática.

El importante papel de la diversidad, la complejidad, la versatilidad y la flexibilidad como mecanismos multiplicadores de la información que los ecosistemas utilizan para incrementar sus posibilidades de autorregulación, es otra de las constataciones que nos ofrece la ecología, como lo es el hecho de que en la biosfera las necesidades tienden a satisfacerse en el entorno más próximo a su origen.

Por último, la idea de entropía, proveniente de la termodinámica, abarca en cierto modo la mayor parte de los criterios que hemos mencionado, introduciendo la variable tiempo. Este concepto indica que dentro de un sistema cerrado no existe ningún fenómeno reversible y que toda forma de energía y materia tiende a degradarse hacia formas de menor calidad. En el caso de la tierra, como hemos visto, tan sólo la aportación externa del sol hace del planeta un sistema abierto y permite restituir la reversibilidad de algunos ciclos, generando la vida como un fenómeno excepcional y neguentrópico.

El paradigma ecológico, en definitiva, viene a decir que absolutamente todo tiene un precio, que no existe nada que escape a las estrictas leyes de la energía y la materia, ni siquiera el pensamiento, como nos enseña Gregory Bateson en su clásico «Pasos hacia una ecología de la mente». Todo intento por parte del hombre de superar umbrales dentro de un campo específico sin tener en cuenta el entorno del mismo se salda indefectiblemente con una reducción de los umbrales en los campos asociados que son, en definitiva, todos los demás. Y así, toda concentración de energía, de materia o de poder por encima de determinados límites en un lugar, conlleva irremediabilmente una reducción de esas mismas magnitudes en otros lugares tan reales como el primero. Todo intento de acortar en exceso las distancias largas, en suma, no hace sino alargar las distancias cortas.

Estas breves pinceladas sobre la perspectiva ecológica no la agotan, naturalmente, en toda su complejidad, pero sí nos bastan para entender que, contemplado desde esta óptica, todo lo que hace el hombre, desde los microchips hasta la manipulación genética, desde el arte conceptual hasta la televisión por cable, desde las catedrales góticas hasta las estaciones espaciales, desde los arrebatos místicos hasta la telebasura,

depende en último extremo e irremediabilmente de la fotosíntesis. En ese sentido, no cabe duda de que la ecología como paradigma constituiría, en realidad, la primera filosofía literal y verdaderamente materialista, en el sentido de que ofrece una poderosa plataforma conceptual para superar el dualismo espíritu-materia, cuerpo-mente, del que no ha logrado librarse el paradigma de la modernidad.

Frente a esta constatación, la tan cacareada desmaterialización, el discurso posmoderno o pseudovanguardista de lo virtual y lo hiperreal y en último extremo, el sueño de la velocidad infinita, se revelan como remedos trasnochados de ese dualismo y como fragmentos de un espejismo interesado, el último ropaje con el que la sociedad del espectáculo trata de disfrazar los efectos muy reales y muy materiales que las estrategias dominantes producen sobre el territorio.

Por otra parte, desde la perspectiva ecológica también adquiere un tinte diferente el temor tantas veces proclamado ante la irremediable homogeneización o estandarización del paisaje planetario a cargo del proceso de globalización. Si bien es cierto que la pérdida acelerada de biodiversidad supone un empobrecimiento del ecosistema global y por tanto una reducción en los umbrales de supervivencia de la biosfera tal como la conocemos, lo cierto es que simultáneamente se producen fenómenos irremisibles de diversificación a partir de las condiciones locales. Lo mismo puede decirse de la diversidad cultural: más allá de su contenido metafórico, no existen realmente los no-lugares de los que habla Marc Augé. Cualquier persona que se haya visto obligada a frecuentar la misma gasolinera, el mismo aeropuerto o el mismo barrio periférico es consciente de hasta qué punto todo acaba adquiriendo una identidad propia e intransferible al verse sometido a los avatares del lugar, del tiempo y del clima. La historia demuestra que todos los fenómenos que se inician como procesos de uniformización terminan fragmentándose en realidades múltiples y locales; la diversidad siempre acaba imponiéndose de algún modo y no necesariamente siempre en versiones más degradadas. Otra cuestión es que sean más deseadas. El temor a la homogeneización cultural, pues, se debe en realidad al dominio absoluto que la imagen ejerce sobre todos los demás aspectos en la actual cultura mediática. Esta constatación, sin embargo, no pretende ser ni mucho menos tranquilizadora, sino que busca hacer hincapié en la verdadera agresión, que es la imposición acelerada de paisajes loca-

les dolorosamente reales. De nuevo, el enemigo es la velocidad no controlada de los cambios, no el cambio en sí.

He querido hacer hincapié en estos dos discursos tan en boga, como son el de la desmaterialización en aras de lo virtual y el de la desaparición irremediable de lo local bajo el embate de lo global, para poner de manifiesto cómo su lectura desde la ecología puede aportar nuevas perspectivas más complejas y matizadas, pero este mismo ejercicio puede aplicarse a cualquier otra escala de análisis y de abstracción y a cualquier otro aspecto relacionado con las transformaciones del territorio.

La visión del paisaje construido como un escenario finito, por ejemplo, permite entender que el suelo es realmente un recurso escaso, una constatación que a los grancanarios, habitantes de una isla, les parecerá sin duda una perogrullada. Lo cierto es que este carácter de insularidad puede aplicarse, de hecho, a toda la superficie terrestre y que, por lo tanto, las políticas de crecimiento urbano impulsadas por la lógica de la máquina inmobiliaria en las metrópolis de los países desarrollados, más allá de las necesidades reales de sus poblaciones, no puede calificarse sino de despilfarradoras. Cuanto más por el hecho de que estas nuevas edificaciones suponen a su vez un enorme gasto en recursos energéticos y materiales para su construcción y su mantenimiento. Si a ello se añade que este proceso implica el incremento en el número de edificios vacíos y deteriorados en los centros urbanos, y la necesaria multiplicación de las infraestructuras debido al aumento de los confines metropolitanos, esta lógica del despilfarro no merece otro calificativo que el de irracional y en último extremo, suicida.

Para el caso de España, no haré sino remitirme a los recientes estudios del economista José Manuel Naredo, pionero en la introducción del paradigma ecológico en su disciplina, quien, mediante el sencillo procedimiento de cruzar las gráficas de crecimiento vegetativo de la población entre 1960 y 2000, espectacularmente decreciente a partir de 1975, con la evolución desaforada en el número de viviendas proyectadas en el mismo periodo, demuestra de forma palpable que las 600.000 nuevas viviendas proyectadas anualmente no tienen otra justificación que la de mantener provisionalmente lubricado un modelo económico basado en el consumo y en permanente desequilibrio. Dentro de este modelo delirante desempeña un papel fundamental el gigantesco par-

que residencial, desocupado la mayor parte del año, que el desmesurado sector turístico precisa para sobrevivir.

Cuando aplicamos esta óptica a las gigantescas urbes en crecimiento del llamado Tercer Mundo, la lógica del despilfarro descrita adopta proporciones aterradoras, pues a ella se suman las grandes extensiones de terreno agrícola que se ven abandonadas porque, entre otras cosas, sus moradores no pueden competir con los precios impuestos artificialmente por el supuesto mercado libre globalizado. Un mercado cuyos defensores, por otra parte, consideran una virtud el tránsito sin trabas de las mercancías y los capitales, pero califican de demagogos, de ilusos o de irresponsables a quienes abogan por la libre circulación de las personas y por el fomento de los mercados y las redes locales.

Si proseguimos con esta lectura ecológica de los problemas que aquejan al entorno urbano, es imprescindible hacer referencia aquí a dos temas cruciales como son la movilidad y los residuos, estrechamente ligados a las dinámicas territoriales, aunque ya han tenido ocasión de escuchar dentro de este ciclo dos brillantes disertaciones al respecto a cargo de mis colegas Alfonso del Val y Alfonso Sanz.

Respecto al primero de estos temas, la perspectiva ecológica no hace sino poner de manifiesto la insostenibilidad intrínseca del actual modelo de movilidad basado en el predominio de los vehículos de gran velocidad y escasa ocupación, en el consumo intensivo de combustibles fósiles, en la emisión masiva de gases contaminantes y en el cuarteamiento progresivo del territorio mediante la multiplicación de redes viarias, sobre cuyo coste y mantenimiento real, por cierto, no suelen proliferar los datos. Dada la cercanía de la Semana Santa, no podemos olvidar tampoco que el tráfico, de manos de la velocidad, es demás una de las principales causas actuales de mortalidad en los países desarrollados.

Por otra parte, este modelo basado en el vehículo privado es el que, en el ámbito territorial, ha propiciado la dispersión urbana a ultranza y el fomento de tipologías arquitectónicas de baja densidad, como es la vivienda unifamiliar, insostenible como propuesta masiva. Como explica el catedrático de urbanismo José Fariña, cuanto más desaparece la imagen de la naturaleza virgen, más lejos se va a buscarla, destruyéndola en el proceso. En el ámbito urbano, por otra parte, este modelo ha asesta-

do un golpe de muerte al espacio público y a la calle como ámbitos de encuentro y socialización, fomentando la falta de comunicación y los fenómenos de exclusión.

En cuanto a los residuos, la consecuencia lógica de una organización de la producción y el consumo basada en la obsolescencia programada de los productos es un incremento exponencial de los mismos. Al contrario de lo que ocurre con los materiales en los ecosistemas naturales, estos residuos que ocupan grandes extensiones del territorio en la forma de materia degradada sólo se integran parcialmente en nuevos ciclos a través de sus emisiones más nocivas, impregnando las aguas almacenadas en el subsuelo y difundiéndose por la atmósfera. Tal como lo expresaba Alfonso del Val en el propio título de su disertación, los residuos comienzan a convertirse sin duda en el verdadero techo ecológico del actual modelo.

Dentro de esta enumeración sin ánimo exhaustivo de los temas que afectan al territorio, resulta imprescindible hacer una breve mención específica al tan discutido Plan Hidrológico Nacional como paradigma incomparable de una visión del territorio por completo ajena a estas perspectivas y según la cual los cursos de agua y los frágiles y ricos ecosistemas que de ellos dependen pueden reducirse a meras cañerías y empalmes destinados a adecuar mecánicamente unos caudales convertidos en números a unas necesidades que se presentan como incuestionables. A este respecto, espero no ser acusado de corporativismo si aprovecho para recalcar que el mundo de la ingeniería, por el momento, se muestra mucho más aún reacio que el del urbanismo y la arquitectura a renovar sus herramientas de análisis e intervención.

En cualquier caso, creo que son suficientes estas referencias a vuelapluma para entender cómo la lectura ecológica del territorio aporta sin duda nuevas perspectivas de gran importancia a la hora de plantear cualquier intervención. De forma deliberada, no he querido introducir dentro de este ejercicio el elemento más importante en la configuración del territorio como son sus habitantes, ni he querido hacer mención explícita aún a la imbricación entre la perspectiva ecológica y la dinámica social, ya que es precisamente a partir de esta imbricación como pretendo articular las conclusiones de esta reflexión.

Lo que la perspectiva ecológica aporta de novedoso es una descripción o conjunto de descripciones sobre las relaciones del hombre con su hábitat lo bastante plausibles como para que no sea fácil contrarrestarlas con recursos meramente ideológicos, como ocurrió inicialmente con anteriores paradigmas transformadores. Aporta también, en el campo de lo urbano-territorial, un abanico de criterios con los que hacer frente a los principales males que aquejan a nuestro ecosistema construido. No obstante, el dilema fundamental sigue siendo el mismo: quién y cómo se toman las decisiones. Quién y cómo decide cuál debe ser el escenario en que se desarrolle nuestra vida cotidiana.

Antes de enfrentarnos directamente a esta cuestión crucial, puede ser revelador dirigir por un momento nuestra mirada hacia el mencionado conjunto de modelos y propuestas urbano-territoriales que se autodenominan ecológicos. Bajo esta misma etiqueta, se engloban desde propuestas de alta tecnología basadas en el uso intensivo de las energías renovables y los nuevos materiales ligeros hasta experiencias de recuperación de las tipologías vernáculas, desde modelos urbanos basados en la vivienda unifamiliar exenta y autosuficiente hasta delirios mediáticos como la torre blónica. Como ocurre, pues, dentro del escenario general, conviven forzosamente propuestas diversas que responden a una aplicación rigurosa de los criterios ambientales con intentos espúreos de explotar una moda y con tergiversaciones irresponsables o malintencionadas destinadas a perpetuar un modelo de destructiva extensión de lo urbano.

De todos modos, existe un cuerpo central de ideas en torno a las cuales el consenso es cada vez mayor y a las que se remiten en muchos casos las políticas institucionales más avanzadas. No se trata de meras deducciones mecánicas derivadas de la perspectiva ecológica, sino que son el resultado de las experiencias, indagaciones y reflexiones llevadas a cabo a lo largo de los dos últimos tercios del siglo XX desde los más diversos campos. El rosario de nombres a los que habría que rendir tributo por sus aportaciones en este campo es demasiado largo para desgajarlo aquí. Por otra parte, es justo reconocer que, en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo, se conoció un periodo especialmente fructífero en cuanto a este tipo de reflexiones tras la Segunda Guerra Mundial y hasta los años setenta, antes de que la reacción posmoderna errara sus objetivos para acabar degenerando a través de los años ochenta en el actual

panorama de manierismo formal y vacío intelectual disfrazado de hermetismo pseudovanguardista.

Una de estas ideas básicas en torno a las cuales, como decimos, se produce cada vez mayor consenso es la necesidad de adecuarse a cada contexto específico y no recurrir a soluciones abstractas y generales; se trata, en realidad, de la esencia del pensamiento ecológico. El análisis del territorio en función de sus usos idóneos y de su capacidad de carga y no exclusivamente desde su valor de cambio es otra de estas ideas. El principio de prevención y el principio de subsidiariedad son también aceptados cada vez más mayoritariamente como criterios razonables con los que abordar toda intervención; así, la pregunta fundamental que hay que plantear antes de emprender ninguna nueva intervención es si realmente es necesaria y para quién lo es. Dentro de este contexto, se incluirían también todas las propuestas que hacen hincapié en la gestión de la demanda como mecanismo de optimización de los recursos.

Centrándonos ya en ámbitos más específicos, podemos hacer mención casi telegráfica a algunos de los criterios que caracterizan el abanico del en ocasiones denominado ecourbanismo:

La búsqueda de formas de movilidad sostenibles, basadas en el acercamiento de la residencia al trabajo, en la mezcla de usos y en el predominio de los trayectos peatonales, en bicicleta y en transporte público; la consideración del espacio público como lugar de comunicación y de encuentro; el aprovechamiento de las condiciones climáticas del lugar mediante medidas de diseño pasivo como prioridad frente al uso de instalaciones activas; la introducción de vegetación y la creación de corredores naturales en los espacios urbanos.

Todas estas medidas y otras muchas que no tenemos tiempo de desgarnar aquí, y la mayoría de las cuales constituyen simplemente ejemplos de buen urbanismo o de buena arquitectura sin adjetivos, podrían englobarse a su vez bajo tres criterios básicos para toda intervención territorial urbana desde la perspectiva ecológica:

El primero haría referencia a la integración en el contexto existente, entendido este en un amplio sentido; el objetivo debe ser siempre me-

jurar el contexto, lo cual pasa en muchas ocasiones simplemente por preservarlo o por no intervenir en él.

El segundo, se refiere al ahorro de recursos energéticos y materiales; aunque se trata sin duda de un criterio fundamental, hay que entenderlo siempre indisolublemente unido a los otros dos.

Y el tercero, y sin duda el más importante, se centra en la calidad de vida en un triple sentido: el del confort, el de la salud y el del bienestar social. Esta visión holística de la calidad de vida urbana constituye en realidad la idea clave en torno a la cual se pueden construir los consensos más sólidos en lo que se refiere a la cuestión ambiental.

Planeando sobre todo este conjunto de criterios y de algún modo englobándolos a su vez a todos, se abre paso con cada vez más fuerza una idea de carácter general que incide plenamente en la idea de paisaje construido que aquí hemos barajado: la necesidad de centrar prioritariamente las actuaciones y las intervenciones sobre lo ya existente, reduciendo al mínimo las intervenciones que supongan consumo de nuevos recursos. Se trata, en suma, de ampliar el marco de aplicación de las famosas tres erres (reducción, reutilización y reciclaje) al ámbito de todo el ecosistema urbanizado. Dicha estrategia, que en la densificada Alemania, por ejemplo, ya está adquiriendo cierta carta de naturaleza, llevaría a poner el énfasis en las políticas de regeneración ecológica urbana, de rehabilitación del patrimonio edificado, de reconversión de contenedores vacíos, de repoblación de pueblos abandonados, de recuperación de paisajes degradados y en general de mantenimiento del paisaje construido.

La evidencia y la coherencia ecológica de esta idea resultan difíciles de negar, como resulta comprensible la hostilidad con la que la reciben, entre otros estamentos, las grandes maquinarias de producción y consumo de espacio, como son la industria automovilística e inmobiliaria y todos los agentes sociales que dependen de las mismas, entre los cuales, por cierto, nos hallamos los arquitectos.

Lo cual nos sitúa de nuevo ante las cuestiones cruciales a las que hacíamos referencia antes de emprender el anterior recorrido por el abanico de propuestas ecológicas, a saber: cómo se articula la perspectiva





ecológica con las dinámicas sociales en un contexto de globalización y crisis ambiental; cómo se toman realmente las decisiones respecto a la organización de la vida cotidiana de los ciudadanos; cómo se construye realmente el paisaje.

En contra de lo que afirmábamos al principio respecto a la hostilidad con la que el sistema de poder recibe estas lecturas, se podría aducir que, a la vista de la insistencia con que los adjetivos ambiental, ecológico o sostenible aparecen en todos los discursos y de las cada vez más frecuentes conferencias locales y mundiales dedicadas a estos temas, la perspectiva ecológica está en vías de ser asumida de forma generalizada o que incluso ya lo está plenamente. De hecho, en el editorial de una revista de urbanismo que se difunde por la red, el autor se quejaba apesadumbrado de que «treinta años de presión ecologista han acabado dando lugar a un paradigma universal y dominante que ha penetrado todos los ámbitos de la cultura» y de que «los aspectos medioambientales han llegado a adquirir tal relevancia en las decisiones urbanísticas que eclipsan el resto de factores que deben considerarse en cualquier propuesta». No voy a repetir aquí el pequeño e interesante debate que se inició a partir de estas afirmaciones como mínimo exageradas, pero creo que basta con hacer referencia a la actitud del actual gobierno de Estados Unidos con respecto a los Compromisos de Kyoto sobre el cambio climático para aclarar la situación mundial con respecto al medio ambiente en sus términos más crudos.

Lo cierto es que las cosas difícilmente podían ser de otro modo tanto en un sentido como en otro: por un lado, ante la realidad cada vez más palpable de la crisis ambiental, no responde sino a la lógica histórica el hecho de que se produzca una conciencia ambiental cada vez más generalizada y de que dicha conciencia se traduzca en la búsqueda múltiple de vías de solución. Como decíamos antes, nadie en su sano juicio puede hacer objeciones serias al diagnóstico sobre la crisis ambiental. Por otro lado, no cabe extrañarse de la oposición encarnizada al paradigma ecológico por parte de las fuerzas dominantes de un modelo cuya lógica de supervivencia, como ya hemos mencionado en repetidas ocasiones, se basa irremediabilmente en el crecimiento y el consumo, por mucho que el discurso incipiente de la nueva economía pretenda apuntar transformaciones en ámbitos tales como el de la propiedad privada y la gestión de la demanda.

De hecho, esta polarización, que se irá haciendo más acusada a medida que se generalice la conciencia ambiental, y generando cada vez más conflictos bélicos de raíz ecológica, responde a una dialéctica del poder tan antigua como la propia historia humana, por mucho que los adalides del pensamiento único se cansen de proclamar a la mínima de cambio el consenso universal bajo la égida del mercado y el fin de la historia y de las ideologías. Lo ocurrido en Seattle, Praga, Davos o Portoalegre ha puesto claramente de manifiesto hasta qué punto eran erróneas las premisas de su discurso prepotente. En este momento, las proclamas ante la «anarquía que viene» comienzan a adquirir otro cariz y los nuevos ideólogos del sistema como Robert Kaplan no se cansan de repetir en los medios que es gracias al buen obrar de personajes como Franco, Pinochet o Henry Kissinger como nos acercamos a un mundo mejor. El argumento de Hiroshima, que justifica aquella barbarie como mal menor que contribuyó a evitar los muertos de la prolongación de la segunda guerra mundial, comienza aparecer de nuevo en los discursos para justificar la defensa encarnizada del modelo actual.

Resultado, en cualquier caso, de esta dialéctica polarizada es un concepto tan lleno de ambigüedad como el de desarrollo sostenible, a través del cual los sectores menos extremos de los bandos en liza han o hemos encontrado un terreno común de debate y consenso al menos en lo que respecta al diagnóstico y a la búsqueda de soluciones asumibles aquí y ahora. De todas formas, no cabe engañarse al respecto: por el momento, el término está sirviendo principalmente para legitimar el remozado cosmético de muchas políticas y estrategias denominadas verdes que no resisten el menor análisis riguroso desde la perspectiva ecológica. En cualquier caso, dado que, como dice el profesor Mariano Vazquez Espí, «no puede existir una definición técnica de lo que es ecológico», no es cuestión de entrar en el tedioso debate de los términos y las etiquetas, sino de tratar de dotarles de contenido en función de las opciones elegidas. En ese sentido, desde una particular definición de ideología como «qué información eliges, qué información ocultas y cómo la ordenas», entiendo que el debate ecológico debe plantearse abiertamente en términos ideológicos y políticos, sin disfrazar estos términos bajo el manto sacralizador de la palabra ciencia.

Es muy importante insistir en esto: los principios ecológicos que hemos enunciado no pueden constituirse en nueva moral o dogma que sustituya

yan la capacidad de decisión colectiva de los seres humanos sobre su entorno; son sólo instrumentos que amplían el conocimiento sobre el mismo y sobre las posibles consecuencias de las diversas alternativas de actuación. Si algo nos enseña la moderna epistemología es, en palabras de Alfred Korzybski, que «el mapa no es el territorio» y, en ese sentido, la perspectiva ecológica no es sino uno más de los mapas de que nos dotamos para orientarnos en el magma confuso de lo real. Por otra parte, no hay que olvidar que es también esta perspectiva la que, bajo la etiqueta de la multidisciplinariedad, nos insta a dotarnos de un buen surtido de mapas. Pero los mapas, en cualquier caso, no nos dan la respuesta respecto a qué hacer con la información adquirida.

Así pues, a lo largo de este recorrido apresurado hemos llegado finalmente al terreno en el que, en mi opinión, se juega realmente la partida en lo que respecta a la transformación del paisaje construido. Como ya hemos visto, el que este terreno sea simple y llanamente el tradicional campo de batalla del poder no responde sino a la dinámica de la historia.

A tenor de lo que anteriormente he formulado respecto a la necesidad de adoptar abiertamente una óptica política o ideológica para abordar la intervención sobre el territorio, podría internarme ahora en una disquisición sobre la crisis de la democracia representativa y el estado nación o sobre la necesidad de dotarse de mecanismos de control de los mercados globales, pero prefiero abordar el tema desde la perspectiva de la vida cotidiana.

Estoy seguro de que todos los que nos encontramos en esta sala poseemos un conocimiento bastante detallado con respecto al escenario o escenarios locales donde se desarrollan nuestras actividades diarias. No me cabe la menor duda de que ustedes conocen su entorno mejor que nadie, del mismo modo que yo creo conocer el mío. Y a través de nuestros contactos sociales cotidianos seguramente conoceremos nuestra ciudad, nuestro pueblo, nuestros paisajes habituales desde más de una perspectiva, no sólo de la nuestra. Todos tenemos algunas ideas con respecto a cómo nos gustaría que se organizara nuestro entorno local. En ese sentido, somos poseedores de una información de enorme valor de cara a la configuración del territorio.

Aprovechar esa valiosa información y enriquecerla a través de su puesta en común y de la reflexión sobre la misma sería el objetivo del nuevo principio ecológico que quiero ahora añadir a los que hemos mencionado con anterioridad: el que podríamos denominar principio de participación.

Considerada desde la perspectiva ecológica, la participación de los ciudadanos en la configuración de su territorio se puede formular en los siguientes términos: cuanto más implicados estén desde un primer momento en la toma de decisiones los diversos agentes y usuarios afectados por un determinado proceso, más conocimiento se acumulará sobre el propio proceso y más se contribuirán a evitar los posibles conflictos derivados y a identificarlos y canalizarlos hacia vías constructivas. Esta formulación es complementaria de la del principio de subsidiariedad, según el cual los problemas deben resolverse en la escala más cercana al origen. En conjunto, constituyen la traducción al campo de la acción del famoso principio ecologista: «piensa global y actúa local». En lo que se refiere al territorio, se trata de invertir el sentido habitual de las intervenciones en que las decisiones se toman desde arriba, pasan a través de los expertos que elaboran los proyectos y, en el mejor de los casos, se les propone a los ciudadanos para que presenten de forma reglada sus alegaciones.

Por el contrario, desde la óptica de la participación, es a los ciudadanos a quienes compete la responsabilidad de tomar las decisiones y articular las directrices para la intervención a través de los instrumentos adecuados y contando con la información pertinente con respecto a las diferentes alternativas y sus respectivas consecuencias tanto a nivel local como a nivel global.

A este respecto, conviene no olvidar que las ciudades han sido hasta hace tres siglos creaciones colectivas. Al tratarse de un proceso lento, la construcción de la ciudad no precisaba de expertos, se trataba de un fenómeno colectivo en el que participaban de diverso modo todos los habitantes. El proceso de prueba y error, de acuerdo y de conflicto, se daba en unas condiciones óptimas en cuanto a su velocidad. Las modernas disciplinas de configuración del territorio y la ciudad parecieron como producto de la necesidad de construir a las velocidades requeridas por el nuevo modelo industrial.



De alguna forma, el principio al que hacemos mención no busca sino cerrar de nuevo el círculo, aprovechando las nuevas condiciones que se nos ofrecen en cuanto a posibilidades de intercomunicación y debate para recuperar los aspectos más positivos de la creación colectiva del paisaje construido.

Este proceso abre dos grandes vías de reflexión: la una se refiere a las herramientas necesarias para hacer posible esta inversión en los procesos; la otra, a cuál es el papel de los diversos agentes implicados en este proceso. No hay tiempo aquí de profundizar mucho en estas vías de reflexión, pero sí de avanzar algunas ideas generales al respecto.

En cuanto al desarrollo de instrumentos y herramientas para la participación ciudadana hay que señalar que son numerosas las que existen ya a disposición de quien tenga la voluntad de ponerlas en marcha, ya sea desde la sociedad civil o desde las instituciones. Con todas las imperfecciones detectadas a la hora de su puesta en práctica a lo largo de casi una década, las Agendas 21 Locales impulsadas desde la Conferencia de Río, por ejemplo, han abierto una vía fundamental en este sentido. Sin embargo, no son absoluto las únicas herramientas ni las más idóneas para todas las circunstancias. En cualquier caso, no cabe duda de que es imprescindible que la sociedad haga una apuesta importante por la innovación social, aunque sea desviando recursos desde otros campos que, amparados bajo la etiqueta de innovación tecnológica, no hacen sino contribuir el proceso de degradación del paisaje construido. De todas formas, es preciso recalcar que este proceso de innovación en lo social se ha producido siempre de forma espontánea, acuciado por los propios problemas y conflictos que surgen sin cesar en el ámbito de lo urbano y en contra de las formas más esclerotizadas del poder, como lo demuestra la creatividad que caracteriza a algunos de los denominados movimientos sociales.

Con respecto al papel de agentes en el proceso de construcción del territorio, en aras de la claridad, es preciso distinguir entre cuatro grandes grupos: los ciudadanos; los agentes económicos; los responsables políticos y los técnicos y profesionales. Esta división no contradice, naturalmente, el hecho, de que como individuos, podamos pertenecer simultáneamente por lo menos a dos de estos grupos, pues, aunque con frecuencia se olvida, todos somos ciudadanos.



No voy a extenderme más sobre el papel de la sociedad civil, pues de hecho, el objeto de esta exposición es presentar a los ciudadanos como los protagonistas ineludibles de cualquier transformación del territorio desde la perspectiva ecológica. La importancia del entorno local como complemento de la visión global que esta perspectiva pone de manifiesto aporta nuevos argumentos para reforzar la necesidad de que las decisiones del hombre con respecto a su hábitat se produzcan de forma colectiva y a todas las escalas, empezando por las más próximas. Es en estas escalas donde hay que crear las máximas condiciones de autonomía, a partir de las cuales se construirán redes superpuestas y entrelazadas para la toma de decisiones a las escalas más amplias.

En cuanto a los políticos y los administradores, no voy a entrar en el peligroso juego de deslegitimación y desprestigio de la esfera política en la que de forma frívola, irresponsable o interesada inciden cada vez más discursos mediáticos, pero sí creo necesario señalar que es necesaria una profunda transformación de su papel y de los mecanismos democráticos mediante los cuales se produce la transmisión de la denominada voluntad popular a sus representantes legítimos. Desde la perspectiva ecológica y en relación con el territorio, corresponde a los políticos la responsabilidad de crear las condiciones para que todas aquellas intervenciones territoriales que competan al entorno de los ciudadanos se realicen mediante los mecanismos adecuados de consulta y debate, contribuyendo a la creación de consensos y a la identificación de conflictos. Compete a la esfera de la política también garantizar que no son los agentes económicos los que, sin control ninguno por parte de los ciudadanos, toman las decisiones sobre lo que debe ocurrir en el territorio.

A la hora de hablar de los agentes económicos en relación con la perspectiva ecológica, resultaría fácil caer en la ingenuidad si no hubiéramos establecido repetidas veces a lo largo de esta charla el marco en el que se desarrollan las actividades económicas sobre el territorio. Como hemos visto, este marco está dominado por una hostilidad y un rechazo que sólo se entienden si se adopta el punto de vista de un modelo basado en el consumo y el crecimiento. Un modelo amparado además por una disciplina fundamentalmente ideológica como es la economía, que se encarga de propagar una y otra vez que el actual modelo es la única opción eficaz de organización de lo social y lo económico, como

si lo más parecido al omnímodo, totalitario e ineficaz régimen soviético no fuera el actual régimen de las grandes compañías globalizadas, similares en sí mismas a estados no democráticos tanto por su envergadura elefantásica como por su funcionamiento por completo ineficaz, caricaturescamente etiquetado como de libre mercado.

Dentro de este panorama, decimos, no cabe ser ingenuos a la hora de contemplar los procesos de supuesta reconversión ecológica del modelo. Sin embargo, lo contrario de la ingenuidad no es el cinismo, el catastrofismo o la radicalización a ultranza del discurso antisistema. Partiendo de la base de que el poder no es un bloque monolítico, de que el complejo conglomerado de agentes económicos adquiere mayor compromiso con el entorno local a medida que se aproxima al mismo y de que, en su papel de ciudadanos, los agentes económicos son capaces de adquirir responsabilidades más allá de la lógica económica dominante, es necesario introducir en el debate las quiebras de esta lógica y para ello es imprescindible emplazar a los agentes económicos a que formen parte activa en los foros y mecanismos de reflexión, debate y decisión ciudadana que se vayan impulsando. Se trata, de alguna forma, de escapar de la que se está convirtiendo en única vía de argumentación en el caso de los agentes económicos en relación con la crisis ambiental, consistente en hacer hincapié en la rentabilidad a medio y largo plazo del incipiente mercado medioambiental o en el hipotético castigo por parte de los usuarios y consumidores a las actividades antiecológicas.

En lo que se refiere a los técnicos y profesionales, de todo lo anterior se deduce que a ellos seguiría compitiendo la gran responsabilidad, por una parte, de ofrecer la información adecuada para la toma de decisiones conscientes por parte de la ciudadanía, contando con que, en cualquier caso, los ciudadanos son siempre los mejor informados con respecto a sus anhelos y necesidades y con respecto al funcionamiento de su entorno local y, por otra parte, también recae sobre ellos la no menos grave responsabilidad de ayudar a dar forma física a las intervenciones producto de esas decisiones.

Muy esquemáticamente, podría decirse, pues, que la situación de los profesionales sería básicamente la misma en la secuencia de intervención, pero el flujo transcurriría en el sentido contrario. Sin embargo,

esta aparentemente simple inversión de polaridad requiere un cambio profundo en la mentalidad de los profesionales y de los expertos socialmente legitimados para intervenir en el territorio y remodelar el paisaje de sus conciudadanos.

La dificultad enorme de este cambio se hace palpable incluso con aquellos expertos convencidos de la utilidad de las nuevas herramientas de análisis e intervención que ofrece el paradigma ecológico. La justificación habitual en estos casos es la de que la sociedad civil está tan imbricada en los valores del sistema y tan manipulada por los mecanismos mediáticos que, a través de los mecanismos de consulta, el ciudadano no hace sino reproducir su condición de consumidor alienado. De esta argumentación despótico-ilustrada se derivaría la necesidad de imponer las soluciones ecológicas por encima de los deseos y necesidades de los ciudadanos supuestamente desinformados.

Así, el esquema de la intervención de arriba hacia abajo tiende a reproducirse una y otra vez, sólo que quienes lo hacen, en el mejor de los casos añaden ahora la etiqueta ecológica a su condición autoproclamada de expertos.

En el caso de los arquitectos y urbanistas, a esta condición de técnicos que creemos conocer mejor que nuestros conciudadanos cuáles son sus necesidades en cuanto a sus relaciones con el paisaje construido, se ha sumado en estas dos últimas décadas la de mandarines estéticos, arropados por el confuso y esotérico discurso que se encargan de difundir las revistas especializadas a través del terreno abonado de las escuelas de arquitectura. Un discurso, además, contradictorio donde los haya, pues utiliza una y mil veces el material de las llamadas vanguardias heroicas de la primera mitad del siglo XX para mantener un concepto de belleza epitelial que dichas vanguardias se encargaron de dinamitar irremisiblemente.

No se trata, por supuesto, de negarle legitimidad a las indagaciones formales, sino de situarlas en su justa perspectiva y de incorporar las verdaderas enseñanzas de las mencionadas vanguardias: que la belleza, concepto frágil y rebaladizo que no se presta a consensos y unido íntimamente al misterio y a lo sagrado, surge siempre de lo insospechado y depende indefectiblemente de las variaciones de la mirada; que los enemigos más acérrimos del misterio y de lo sagrado han sido siempre





los sacerdotes, autoproclamados como intérpretes de lo inefable y como guardianes de los dogmas; que las grandes revoluciones estéticas han surgido siempre, sin excepción, desde abajo, desde fuera, desde terrenos alejados de la academia y de mano de búsquedas por completo ajenas a las preocupaciones estéticas; que las transformaciones más radicales y fructíferas en el ámbito de lo formal han estado siempre unidas de una forma u otra a la relectura o la reinterpretación de la tradición, no a su negación ni a su mimesis; que el único arte verdaderamente moderno y por el que merece la pena esforzarse es la transformación de la vida cotidiana y no sólo de sus efímeros decorados.

Mientras tanto, sólo cabe adelantar la hipótesis de que en una sociedad más culta colectivamente y, por tanto, conocedora también de los discursos de las vanguardias, a los actuales mandarines de la arquitectura llamada de vanguardia, lleve o no asociada el adjetivo ecológica, les costaría mucho más vender como tales sus discursos y sus productos de guardarropía.

Lo cierto es que si, al aproximarnos al final de esta exposición, hacemos sumario de las nuevas tareas que proponemos a los arquitectos y urbanistas que estén dispuestos a asumir el paradigma ecológico, hemos de reconocer que el panorama que se les presenta aparenta ser en primera instancia un tanto desolador y, por así decirlo, carente por completo de glamour, a saber: limitar al mínimo las construcciones ex-novo; someterse a los dictados del clima y del lugar; ponerse al servicio de los ciudadanos; y relegar al plano de lo subyacente las indagaciones formales.

Pero sólo puede considerarse descorazonador si se contempla desde la óptica deformada con la que los estudiantes salen hoy pertrechados de las escuelas del país, donde se les enseña mayoritariamente a considerar el territorio como un lienzo cuanto más en blanco mejor sobre el que plasmar los sueños de grandeza con los que complacer a los ciudadanos anhelantes de nuevas sensaciones.

Sin embargo, creo que no hace falta recurrir a las sutilidades de la filosofía taoísta para entender que estas propuestas suponen no sólo un reto a la altura de los tiempos, sino en realidad una magnífica ampliación del abanico de herramientas al servicio del arquitecto y, en ese



sentido y por añadidura, una vía de oportunidades insospechadas para el ejercicio de la creatividad auténtica, y no de sus cómodos simulacros actuales.

De hecho, esto mismo se pondrá extender a todas los agentes que intervienen sobre el territorio y a todos los ciudadanos sin excepción en su relación con el paisaje construido: las aparentes restricciones que propone el paradigma ecológico no responden sino a un incremento en el conocimiento del marco en el que se desarrolla la existencia de los seres humanos y, por tanto, un incremento en su libertad a la hora de tomar decisiones y un aumento en la profundidad y el significado de las mismas.

Por decirlo de forma metafórica, no es sino el mensaje que avisa a los lemmings de que al final de su loca carrera probablemente no haya más que un precipicio, para que ellos elijan libremente la opción de proseguir o de intentar corregir el rumbo entre los muchos que, por el momento y a pesar de todo, aún son posibles. Pero, en cualquier caso, nadie nos debe arrebatar a nosotros, los lemmings, nuestra libertad de decisión.

## REFERENCIAS

Augé, Marc *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona, 1994

Bateson, Gregory *Pasos hacia una ecología de la mente*, Planeta- Carlos Lhole, Buenos Aires, septiembre de 1991

Beckman, John (Editor) *The Virtual Dimension. Architecture, representation and crash culture*. Princeton Architectural Press, Nueva York, 1998

Fariña Tojo, José *Naturaleza urbana* Boletín nº 15 de la Biblioteca Ciudades para Un futuro más sostenible, <http://habitat.aq.upm.es>

Fernández Durán, Ramón *La explosión del desorden. La metrópoli como espacio de la crisis global*, Editorial Fundamentos, Madrid 1993

Kaplan, Robert D. *La anarquía que viene. La destrucción de los sueños de la posguerra fría*, Ediciones B, Barcelona, 2000

Maturana, Humberto y Varela, Francisco *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano*, Debate, Madrid, 1996

McHargh, Ian L. *Proyectar con la naturaleza*, Gustavo Gili, Barcelona, 2001

Moewes, Günther *Weder Hütten noch Palaste. Architektur und Ökologie in der Arbeitsgesellschaft. Eine Streitschrift*, Birkhäuser, Basilea, Boston, Berlín, 1995

Naredo, José Manuel *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Siglo XXI de España Editores, octubre de 1987

Naredo, José Manuel *Boom inmobiliario y declive demográfico*, Le Monde Diplomatique, edición española, año V, nº 61, noviembre 2000

Sassen, Saskia *The Global City: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1991

Vázquez Espí, Mariano *El papel de los habitantes en la arquitectura ecológica*, 21 de noviembre de 1995, ponencia presentada en la Third International EcoCty Conference, enero de 1996, Dakar, Senegal

Velázquez, Isabel *El tiempo de las cerezas* Zehar, boletín de Arteleku nº 43 verano 2000

## CICLO DE CONFERENCIAS SOBRE ECOLOGÍA

Verdaguer, Carlos *Algunas aportaciones al debate sobre el paradigma de la sostenibilidad*, revista digital urb@nred, junio de 2000. <http://listserv.rediris.es/archives/urbanred.html>

Verdaguer, Carlos *De la sostenibilidad a los ecobarrios*, Revista Documentación Social, nº 119, abril-junio 2000

Verdaguer, Carlos *Por un urbanismo sostenible: bienestar social y desarrollo local en equilibrio con el medio ambiente. Un marco de reflexión desde la óptica del urbanismo de cara a los procesos de Agenda 1 Local*. Documento base elaborado para el curso sobre Agenda 21 Local celebrado en Azpeitia, Guipúzcoa en octubre de 2000, organizado por Bakeaz y el ecomuseo Ingurugiro Etxea

Verdaguer, Carlos *Paisaje antes de la batalla. Apuntes para un necesario debate sobre el paradigma ecológico en arquitectura y urbanismo* Revista URBAN nº 3, Primavera de 1999, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Universidad Politécnica de Madrid

Verdaguer, Carlos, *El paisaje análogo, un sueño urbano de la modernidad*, Revista de Occidente, nº 204, Abril 1998

Verdaguer, Carlos *Los movimientos sociales, de la esperanza al desencanto*, Revista Documentación Social, nº 90, Enero-Marzo 1993

